

## El Valor de Vivir para Educar y Educar-se

José Angel López Herrerías<sup>1</sup>  
Universidad Complutense de Madrid

### Resumen

En la oportunidad de la jubilación académica del Dr. Joao Boavida tiene interés reflexionar sobre algunos aspectos activos de una buena educación para los tiempos actuales en los que constatamos "el malestar de la globalización". Crisis de valores, percepción de múltiples conflictos y exigencia de actuar con otra responsabilidad ética crítica y creativa en todos los órdenes de la vida. En la práctica profesional del Dr. Boavida educar es potenciar el espíritu de "lo mejor", tener alto el coraje de vivir desde el compromiso por la libertad y promover el buen sentido de la apertura y la responsabilidad en todos los horizontes de la vida. Por lo cual, Dr. Boavida, ahora y siempre, Gracias.

Palabras clave: valores, educación, espíritu, educador, amor, respectividad, compromiso.

Soy profesor de Teoría de la Educación, otro asunto que la Filosofía de la Educación, con descriptores diferentes y convivencia complementaria, de una y otra disciplina, en los Planes de Estudio pasados y presentes, de los títulos de Pedagogía, de Educación Social, de Magisterio Infantil y de Primaria, en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad Complutense, Madrid. Hace ya años, en 2006, en Guarda, ciudad siempre entrañable y cercana en mi vivencia, gracias a un Seminario del Centro de Estudios Ibéricos (CEI), invitado por el común amigo y buen académico el Dr. D. Angel García del Dujo, conocí al Dr. Joao Boavida. Pronto pude captar la bonhomía y categoría humana y profesional del mencionado profesor. Siempre en el estilo de la espontánea sencillez, sentido del humor y calidez humana, bien regadas de la alegría y la apertura ineludibles en todo espíritu bien cultivado.

Es, por eso, además de lo que siempre significó de valioso para mí el acercamiento, ya hace años, a la academia, a la ciudadanía, a los paisajes, a la buena mesa, de la tan cercana y lejana? cultura portuguesa, (con música: "Ay, Portugal, ¿por qué te quiero tanto? Será, será, que estás, ..."), que me encontré siempre dispuesto a colaborar

---

<sup>1</sup> jherrer@edu.ucm.es

en este número de la Revista en homenaje del buen amigo y académico el Dr. D. Joao Boavida. Y sé que lo debo hacer entrando en temática discursiva pedagógica, sin muchos rodeos, ni más referencias personales, que las ya dichas, si no quiero perder un amigo.

Y en este caso no me compensa. Me vale más la amistad del Dr. Joao. Entonces, sin más, al asunto. Sin decirlo más, se verá enseguida que es su asunto. El leit-motiv, se dice, de la experiencia vital y profesional del catedrático de la bella y prestigiosa Universidad de Coimbra. Y es que aquello a lo que una persona dedica su vida es la elección que, desde la libertad más y más profunda, provoca el entroncamiento de la propia conciencia con el sentido y el recorrido de la vida. El trabajo y la convivencia, los dos pilares sobre los que emerge la buena vida de toda persona, se concretan en la profesión que uno decide como camino vital. Vivir en y para la educación es una inagotable oportunidad de haber vivido y existir para saborear los pliegues más animosos y enriquecedores de la experiencia. Ser para los demás con los demás, desde el pleno e inagotable respeto a cualquier otro. Educar y educar-se.

### **1. El valor de un término escondido: una experiencia.**

Desde hace algún lustro es fama común que hay “crisis de valores”, cuando no, aún más rotundo, que “no hay valores”. Algo así cual si una corrosiva y hambrienta guadaña nietzscheana postmoderna (se acabaron “los grandes relatos”, G. Lyotard, 1975), hubiese segado de raíz los pies simbólicos y espirituales de nuestra cultura. Por no hacer la lista interminable, algo semejante es lo que diagnosticaron desde la academia los profesores Lipovetski, en los años 90 pasados, “la era del vacío”, o más cerca, en los primeros dos mil, Z. Baumann, (2006), “la sociedad líquida”.

Antes de nada, una afirmación: “Sí hay valores”. Puede que en crisis, de crecimiento?, de desorientación?, de oscuridad?,... pero los humanos vivimos desde el horizonte que nos indica y sugiere aquello que vemos más valioso que otra cosa. Esto vale más que aquello, y actuamos. Nuestra vida está cargada a diario de decisiones desde las que vivimos que algo nos vale más que otro objeto u otra conducta. No obstante, algo de esa crisis ha calado profundo en nuestra existencia. Me lo dice una vivencia cotidiana que, como profesor, comparto, año a año, curso a curso, con mis alumnos. El ocultamiento mental, la pérdida del cuadro-palabra, del término *valor*. Es un vocablo de nula fama. En todos y cualquiera de los significados. Ya sea el valor, como arrojo para ser, estar y vivir desde algo que “pesa” en nuestro espíritu, que tiene *poso* de sentido. Por el contrario, todo se ofrece lábil, volátil, “depende”, es la expresión más

frecuente, que manifiesta este estado de ánimo, de escaso ánimo,... Ya, el valor como sedimento creído, sentido y pensado, desde el que afrontar la vida. Y hoy parece que estamos sin anclajes. Líquidos, licuados. Y más.

Si la vida humana es construir y decidir la “morada”, la casa, *ethica*, en la que se elabora y elige nuestro espíritu, hoy parecería que no *pensamos*, que no *pesamos*, que no nos *enraizamos* hacia ningún *locus* de humanización liberadora. Seguimos con el recuerdo de la experiencia. Todos sabemos que en las clases del saber y saber hacer pedagógicos el término *valor* es la estrella polar, iotra vez!, de todo planteamiento. Pues, nada. Hoy, cargados de complejos de modernidad racional post-modernizada, vergonzantes y avergonzados, no se cita dicho término. Queda como oculto. Los pedagogos estudian y hablan de procesos de intervención, (imenudo vocablo!, ¿a quién se le ocurriría trasladarlo desde la medicina, la seguridad ciudadana, o las ciencias del fuego, entiéndase bomberos?), que tienen alguna finalidad, algún objetivo, algún logro. Como vemos, dominancia imparable de la tecnamentalidad economicista y organizativa. Más presencia de la corriente comunicacional hoy poderosa de que “el medio es el mensaje”, como concretaba el comunicólogo M. McLuhan (1978) hablando de la incidencia de la imagen y de las pantallas. Entonces, cuando en las clases nos preguntamos el qué de aquello que da sentido y otorga fundamento para que algo se presente como objetivo, como fin, como meta, el valor, nada de nada. La palabra indecible. El término raptado, oculto, perdido. Y es que parece, de hecho ocurre, que vivimos sin que nuestro espíritu cargue su fuerza en y desde lo valioso... Y es que hemos decidido, eso sí inconscientemente, aunque provocado ese estado y estilo de existencia en la vida cotidiana, vivir desde el vacío. ¿De qué lo podemos llenar que más valga? De basura y chatarra. Hay miedo al compromiso, a la defensa creída de que algo vale más que otra cosa *independientemente* de la situación. Nos preparamos ante las pantallas, con escasa reflexión y autonomía para actuar en función de la situación. Valoración situacional: si de esto o aquello saco algún beneficio, o así lo siento, manipulado o dominado por algún *parásito oportunista* del espíritu, más que desde algo bien pensado o anclado, entonces eso vale más que otra cosa. En cada momento se convierte en valor aquello que conviene. No es extraño que el vocablo haya desaparecido del mapa mental y existencial de nuestra cultura. Es una pérdida consentida, aceptada, puede que hasta deseada. Vale hacer a discreción aquello que convenga. Así, es mejor hablar de meta, de fin, de objetivo, el que conviene, y eso no es algo valioso. Lo ocultamos. No existen. Hay crisis. Para qué entorpecer el hacer diario, si en éste es posible vivir lo más gástrico que a uno se le ocurra. Aquí, a este lado de la *raya*, para estas circunstancias, se dice como expresión acuñada por la tradición, que “ancha es Castilla”. Todo da igual, si, en todo caso, lo decidido

y actuado me beneficia. A eso se le llama cínicamente “crisis de valores”. Claro es mejor quedarse en el aire vacío del no compromiso. Esto puede ser un tanto atosigante, para las conciencias blandas que el ambiente cultural dominante se encarga de potenciar. Psico-culturas, personas de “no-pensamiento” en decir provocativo y sugerente del novelista M. Kundera.

## 2. “La morada para el hombre es el espíritu” de Heráclito

Como queda escrito es una frase de Heráclito, el griego famoso por el “todo fluye” (*panta rei*), pero que debería serlo más por esto. Lo cita M. Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* (2004). Es una sentencia, tres palabras, que bien merecen el esfuerzo de que se conociesen, interiorizasen y rumiasen como atento y continuado afán educativo. Η(η)θος ἀνθρώπου δαίμων, *ethos anthropon daimon*. *La casa para el hombre es el espíritu*. Que la casa, la morada, la vida construida, en la que consiste la experiencia humana es aquello hacia lo que el espíritu, el mundo personal piensa, pesa, posa. De aquí se deriva una magnífica pregunta, el interrogante de nuestro tiempo: ¿hacia dónde pesa nuestro espíritu? Qué buscamos, qué pretendemos, qué deseamos.

Analistas de nuestra cultura occidental, hija postmoderna de la racionalidad tecnológica dominante, dicen de los males de la volatilidad de nuestro tiempo. U. Eco (2010) dice que vivimos una psicocultura de superficialidad, trivialización y neutralidad. Esto es, que vivimos para el happening, la inmediatez y la inagotable excitación de la diversión. Todo y cualquier cosa vale si nos embarca en la alienación dominante. Kundera (2007), desde su análisis de vernos como seres de “no-pensamiento”, diagnostica de manera rotunda el problema de nuestro tiempo con el famoso título de su novela “la insoportable levedad del ser”. O lo que es lo mismo, que nos sabemos y reconocemos deprimidos de vida, insatisfechos, cuando nos captamos fuera del ser, del sentido, sumidos en la levedad del valor del ser, de la vida, que se nos hace *insoportable*. Y entonces, a diario bombardeos por los fármacos y los síndromes de las dolencias del alma, *depresión, stress, pérdida de horizontes*, necesitados de *prozac*.

Estos diagnósticos y los citados antes de Lipovetski y Baumann, entre otros, nos interrogan desde el lado educativo. ¿Qué aprender a vivir, dónde poner el peso del espíritu, hacia dónde afirmar el esfuerzo valioso, para que la vida, en todo momento, y, sobre todo, en un tiempo-eje como el de la jubilación se ofrezca bien nutrida de *daimon*, de espíritu, de sentido?

### 3. El valor de vivir

La vida es un valor y vivir requiere, exige, valor. Cuando el pensador francés Alain Touraine (2002) se plantea cuestiones semejantes a éstas recurre a la categoría "sujeto". Que frente a tanta experiencia y conciencia de disolución, de pérdida de referencias, de sentimentalismo vertiginoso y superficial, se requieren respuestas valerosas para afanarse en ser sujeto de la propia existencia. Que hoy se hace imprescindible recuperar con energía el diálogo consigo mismo, la presencia más auténtica de la propia experiencia personal.

No en vano la trama semántica de nuestra raíz lingüístico-cultural grecolatina expresa la acción de vivir con dos significativas cargas, hoy profundamente relevantes. De un lado, i) la reduplicación: vivir es hacer, rehacer, insistir, doblar, algo como al cuadrado, una experiencia. De otro lado, que es ii) una doblez (vi-, vir-,) que arranca de una raíz léxica que conecta y potencia la aportación de exigencia, de esfuerzo, de afán de superación, de vigor.

Se afirma que vivir es un valor y que hacer la vida requiere valor, esfuerzo, entusiasmo. La vida no es algo pusilánime. Ni dejarse llevar. Ni convertirse en líquido más o menos pastoso de dependencia, adaptabilidad convenida, o aceptación interesada de vaciedades dominantes. Para acertar en la elección de la roca enraizada en la que anclar la fuerza de hacerse la vida conviene distinguir entre funciones y finalidades vitales. Los humanos, seres complejos, azarosos y por tanto problemáticos, sabemos que tenemos que realizar muchas funciones. Vestirnos, alimentarnos, conocer,... son algunas de las funciones. Sin embargo, todo eso no es la finalidad de nuestro vivir. La finalidad derivará de atender a aquello que ineludiblemente nos hace humanos y sin lo cual nuestra realidad de humanos queda en su raíz minada y despotenciada. Y ¿qué es esto? Aquello que nos permite construirnos como tales, aquello que nos posibilita crear la morada de nuestro ser sujeto, de nuestro yo. Realizarnos en la elección ética de nuestra libertad, de liberarnos de todo lo que nos reduce, coarta y recorta nuestra liberación personal. Esto se concreta en el esfuerzo diario y humanizador de luchar por saberse y sentirse el sujeto de la propia historia personal. El valor de todo proceso y finalidad educativos. El valor de vivir para educar y educar-se: profundizar en la finalidad de la existencia.

Es reconocer que la larga tradición de animales racionales, presentes para conocer y poder de unos sobre otros, ha de ser superada en la experiencia de la radicalidad del encuentro ético con el otro. Más amor para menos y mejor poder. Saber que hemos nacido para ser seres éticos más que seres epistémicos. En la cultura de la

ética, de la libertad, de la justicia, de la fraternidad se nos ofrece el futuro digno y valioso de la vida humana, más que en la cultura epistémica del conocimiento que divide el mundo en poderosos de saberes y sus aplicaciones tecnológicas y en podidos de ignorancias y sus incompetencias aplicativas. Esto no significa minusvalorar mecánicamente, como opuestos irreductibles, la relevancia del conocimiento. Es la función más exigente y primordial de la experiencia humana, pero no es la finalidad de la misma. La finalidad es hacer la vida posible y justa de todos con y entre todos en el mundo. Para ello se requiere conocimiento, pero éste debe estar regulado por la ineludible finalidad de la existencia: que todos podamos vivir libres, iguales, dignos y fraternos. Una aventura ética.

#### **4. En la jubilación saberse educador y educado**

En la jubilación y a lo largo de la vida. Hacer para hacerse y para sembrar. Educa más y mejor lo que, con sencillez y elegancia de espíritu, cada uno es capaz de comportar en la zona de desarrollo próximo, en los metros cuadrados más cercanos, para sí y para los demás. Después de las investigaciones de H. Maturana (1999) hoy sabemos que la conducta autopoiética (cerrada) del sistema nervioso central genera nuevos aprendizajes desde la deriva que se provoca por la presencia de otras y nuevas conductas, que engatillan otras formas de ser y de hacer. Algo así como que el empujón educativo, recreador e innovador de conductas, depende más de acciones presentes, pero como desinteresadas, despistadas, genuinas, germinales, sugerentes, que se expresan en los diferentes contextos. Por esto, educar requiere originariamente educar-se. Hacer la reflexión, reflexividad, -se, educar-se, antes que la acción de la voz activa, educar. No hay educación, no hay ayuda educativa, ni propuesta sugerente de valiosidad superadora, si quien pretendidamente tiene que hacer esa tarea (educativa) no lo hace presente desde la raíz personal de su experiencia. De aquí se deriva el axioma base de todo pretendido proceso educacional: el de la congruencia: engatillar la conducta de cualquier otro hacia algo valioso requiere que en el permanente juego de intercambios de acciones y en sus derivas, lo vivido aparezca auténtico, coherente, digno de ser percibido. No es fácil. Requiere vivir con valor y tener el valor de vivir de esa manera. Algunos son maestros en ello. Uno es el Dr. Joao Boavida. Gracias doctor y felicidades. Siempre y también ahora.

La personalidad del homenajeado y la ocasión me permiten este siguiente guiño con el que quiero terminar mi sencilla y sentida colaboración. Y es que ya en los clásicos griegos de nuestra cultura, la vida merecía vivirse si se ejercitaba en el logro de la

eu-daimonía, ευ-δαίμονια,(δαίμον), *buen espíritu, feliz espíritu*, en alcanzar el buen espíritu como meta digna de existencia. ¿Para qué vivir y hacia dónde encaminarse, si no era para conseguir la construcción de una buena morada personal? Graciosamente eso es lo que aparece prescrito de modo anticipatorio y continuador de los clásicos en el magnífico apellido del Dr. Joao, que es una persona llamada, cual magnífico presagio, a la “boa vida”, a la “buena vida”, a la “eu-daimonía”.

Desde esta propuesta ética del vivir, esto es, de realizar la identidad dinámica de la vida, como esfuerzo y entusiasmo, *vi-vir*, reduplicación existencial, consiste en *comprometerse*, en el ineludible compromiso ético de hacer la vida desde la participación existencial con el otro. El siglo xx, tiempos tremendos de acabamiento de una forma y horizonte vitales, el epistémico, nutrido de experiencias violentas y antihumanas sin límites, los totalitarismos, los colonialismos, e inicio presencial de otro horizonte de vida, el ético, es la centuria bisagra entre dos océanos. O quedarse en las aguas pasadas y agotadas de la ciencia-tecnológica como gran finalidad del ser humano, o nadar en atrevido braceo hacia las nuevas aguas del fundamento ético de la existencia. Precisamente, un sabio implicado éticamente desde la ciencia, Einstein, nos descubrió una magnífica fórmula aplicable en la naturaleza: la ley de la relatividad. Que lo real no es ontológicamente jerárquico, sino una respectividad que mantiene un estado u otro, energía o materia, en función de la variable *constante* del universo, la velocidad de la luz.

Veamos. La ecuación:  $E = m \cdot c^2$  Esto es, que la *energía* es *igual* a la *masa*, a la materia, multiplicada por la velocidad de la luz (*constante*) al cuadrado. Si el ordenador en el que ahora escribo, bien claramente materia, masa, pero no masa substancia, lo pusiese a esa velocidad (300.000 kms. por segundo al cuadrado) se convertiría en energía. Hasta yo mismo, que ya es imaginar, sería energía y no masa si de pronto pudiese alcanzar la velocidad *constante* referida. Luego, la realidad natural no es una substancia que tiene accidentes; más bien, es una realidad *respectiva, relativa, relacional*, que puede presentarse en diferentes modos en relación con una constante natural, que es la velocidad de la luz.

Mas la inquietud descubridora de la respectividad no es un dato exclusivo de la naturaleza. Precisamente, la grandeza del siglo xx, como siglo ético, aún sin saberlo plenamente, deriva de haber descubierto que en lo humano se da esa misma respectividad que en la naturaleza. Eso es lo que hizo escribir al filósofo español X. Zubiri (1980) que la “realidad es respectiva”. Más, ¿cómo aplicamos la ecuación de Einstein a lo humano? Hay que advertir que las líneas que siguen son un atrevimiento cognitivo. Una aplicación creativa, poética, holística, de un saber epistémico a una

vertiente ética de la comprensión del mundo. En todo caso, es un juego creativo que en este contexto de la conciencia de la respectividad de lo real y de la necesidad de afrontar horizontes más humanizadores para salir adelante de los enormes retos de la cultura actual, tiene su sentido y su pizca de significativo guiño renovador, hacia un nuevo paradigma.

Volvamos sin más rodeos a la ecuación de Einstein y ahora apliquémosla a la realidad humana, también *respectiva*, como ya queda dicho en expresión de Zubiri.  $E = m \cdot c^2$ . Que la energía de la vida humana, de cada persona, no depende tanto de la masa de personas que se conozca, con las que uno se relacione, sino más bien del *compromiso* que uno tenga con ellos. Compromiso comienza por “c” como constante. O lo que es lo mismo, que el valor de una vida no depende de los votos que uno sea capaz de seducir, ni de los simpatizantes que uno sea capaz de promover, ni de los secuaces, acólitos, seguidores, que alguien pueda aglutinar. Ya se viva desde la política, desde el arte, desde el deporte, desde la religiosidad,... Y más. Lo que hace diferente una vida, respecto de las vidas de los otros, es el *compromiso*, la *constante* humana más significativa y ética, que hace que la vida de unos y otros realmente merezca la pena, en cuanto que un encuentro de radical respeto, presencia y aceptación.

### **5. Vivir bien (“boavida”) es salir del poder y acercarse al amor**

Que la existencia está ligada al valor *poder*, a experiencias de poder, a exigencias y luchas por el poder, es una evidencia. Es el substrato más natural, biológico, imperioso, de la vida. Es la síntesis fuerza de los dos grandes instintos, alimentarse y reproducirse. Así, también nos lo han presentado, entre otras manifestaciones, pensadores a lo largo del tiempo. Recuérdese a Hobbes, a Schopenhauer, a Foucault. Hasta de Protágoras, el sofista de la “medida de todas las cosas”. Los hombres de la verdad, de la ciencia, del conocimiento para “medir la realidad”, han dominado siglos y siglos de experiencias de la historia cotidiana. Ese programa de acción dominadora ha sembrado el mundo de guerras, violencia, hambre, pobreza e injusticias. Las experiencias de poder son el correlato perfecto de la “animalidad racional” definida como substancia capaz de conocer la verdad de lo real. Quien se sabía, sentía y vivía como substancia potente, capaz de conocer la verdad de lo real, conseguía poner el mundo de la vida a sus pies. El mundo queda dividido entre poderosos y podidos. Entre humanos y humanos sometidos a la verdad poderosa de quienes pueden y de unas minorías capaces de imponer la racionalidad de su verdad a los otros.



El siglo xx, el tiempo magnífico de la *respectividad* nos ha enseñado, como lo ha vivido nuestro homenajeado profesor, que el valor de la existencia no es el poder, es el amor. Que no somos, que no debemos ser, animales que razonan para mantenernos en el cierre animal de los instintos. Hecho que hacia decir a Nietzsche que “la inteligencia es un instrumento al servicio de los instintos”, frase que concluyo en la “teoría de las tres íes”, desarrollable en otro momento. Que lo que somos, y lo que debemos ser, ética, desde el horizonte del compromiso de la *respectividad*, es humanos capaces de vivir desde la radical experiencia del amor. Lo que nos culmina como humanos, nacidos de madre humana, no es creernos más inteligentes, más capaces, más fuertes, más poderosos, que los otros. Yo vencedor, tú vencido, Yo poderoso, tú podido. Yo dominador, tu dominado. Yo satisfecho y satisfecho, tú explotado. Por el contrario, la culminación humana, a la que se debe orientar todo proceso educativo, es al valor de la experiencia del amor. Esto es, a saber y vivir que la “buena vida” existencial en la que nos debemos educar es el reconocimiento radical de que todo otro es el sentido y la proyección valiosa de la vida cotidiana y del sentido de esa misma acción. La alternativa del mundo a todos los desgarros, turbulencias, mentiras y explotaciones, no está en más de lo mismo, más y más presencia del poder epistémico para imponer verdades oportunas y convenientes a los demás. Es en el amor, el reconocer desde las raíces de nuestro ser de convivencia y de diálogo, que todos somos la secuencia de la radical interdependencia unos de otros. Eso es lo que pueda hacer que la vida entre las personas y con la naturaleza sea más buena y feliz para todos. Más educada. Gracias, profesor-doctor Joao Boavida por sus enseñanzas e inagotables esfuerzos educativos, cargados de proyección valiosa y de ayudas coherentes y acertadas, que nos acercan a ese paradigma por potenciar del amor.

## Bibliografía

- Baumann, Z. (2006). *La sociedad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Eco, U. (2010). *Nadie acabará con los libros*. Barcelona: Lumen.
- Heidegger, M. (2004). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Aguilar.
- Kundera, M. (2007). *La insostenible levedad del ser*. Barcelona: Tusquets.
- Lipovetski, G. (1987). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- López Herrerías, J. A. (2008). *Nueva carta sobre el humanismo*. Madrid: AEEA.
- Maturana, H. (1999). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid: Debate.
- Touraine, A. (2002). *A la búsqueda de sí mismo: diálogos sobre el sujeto*. Barcelona: Paidós.
- Zubiri, X. (1980). *Inteligencia sentiente*. Madrid: Aguilar.

## Résumé

À l'occasion du départ à la retraite académique du Dr. Joao Boavida a intérêt réfléchir sur des aspects actifs d'une bonne éducation pour le temps dans lequel nous voyons « l'inconfort de la mondialisation ». Crise des valeurs, perception de multiples conflits et nécessité d'agir avec les autres responsabilités éthiques créatives et critiques à tous les niveaux de vie.

Dans la pratique professionnelle du Dr. Boavida, l'éducation augmente l'esprit de « le meilleur », accroît le courage de vivre l'attachement à la liberté et promu le bon sens de l'ouverture et de la responsabilité au sein de tous les horizons de la vie. Par quels Dr. Boavida, maintenant et pour toujours, je dis merci.

Mots-clé: valeurs, l'éducation, esprit, éducateur, amour, relation, engagement.

## Abstract

On the occasion of the academic retirement of Dr. Joao Boavida has interest reflect on active aspects of a good education for the times in which we see "the discomfort of globalization". Crisis of values, perception of multiple conflicts and need to act with other creative and critical ethical responsibility at all levels of life.

In practice professional Dr. Boavida education is enhancing the spirit of "the best", have high the courage to live from the commitment to freedom and promote the good sense of openness and accountability in all horizons of life. By which Dr. Boavida, now and forever, thank you.

Key-words: values, education, spirit, educator, love, relationship, commitment.